

CAPITULO II

(XX DE LA HISTORIA DE CIEN AÑOS)

LA REVOLUCION DE 1851

(1851—1852)

La revolución en el Norte y en el Sur.—Movimiento político de La Serena; sus corifeos y sus tendencias.—Motín del 7 de Septiembre.—Organización del ejército revolucionario de Coquimbo.—La resistencia; recursos militares del Gobierno.—Espíritu de las tropas de línea.—Levantamiento y sumisión del Chacabuco.—Estado político de la provincia de Concepción.—Vacilaciones del general Cruz.—Estalla la revuelta en Concepción.—Actitud de Cruz y de los militares de la frontera.—El primer Ministerio de don Manuel Montt.—Facultades extraordinarias concedidas al Gobierno.—Parte el General Bulnes a organizar en el Sur la resistencia.—Formación del ejército gobiernista.—Expedición de los rebeldes de Coquimbo sobre Santiago.—Combate de Illapel.—Los vapores revolucionarios Fire-Fly y Arauco caen en manos de la escuadrilla inglesa.—Campaña de Aconcagua y batalla de Petorca.—Situación de la provincia de Atacama.—Se organiza en Copiapó una expedición contra La Serena.—Combate de Peñuelas.—Se inicia el sitio de la Serena.—Preparativos militares del General Cruz.—Las

montoneras en el Maule y en el Ñuble.—Actitud de las tribus araucanas.—Situación peligrosa del Gobierno legal.—Motín de Valparaíso.—El General Bulnes toma la ofensiva.—Combate de Monte de Urra.—Bulnes ocupa a Chillán.—Asesinato de Zúñiga y pacificación de la baja Frontera.—Angustiosa situación del ejército gobiernista.—Retirada de Bulnes.—Batalla de Loncomilla.—Retirada de Cruz y disolución del ejército revolucionario.—Tratado de Purapel y pacificación del Sur.—Sitio de La Serena; la anarquía dentro de la plaza.—Capitulación de La Serena y desórdenes a que da lugar.—Levantamiento de Copiapó.—Combate de Linderos.—El motín de Cambiaso en Punta Arenas.—Pacificación general de la República.

Al empuñar don Manuel Montt, el 18 de Septiembre de 1851, las riendas del Gobierno, la revolución tan temida y esperada había estallado ya en el Norte y en el Sur del territorio; el 7 de Septiembre en La Serena y la noche del 13 en Concepción.

Ambos levantamientos, casi simultáneos, tenían por centro las dos ciudades de Chile en que el espíritu de autonomía provincial resistió por más tiempo al centralismo de la capital. Pero si Concepción y La Serena se sublevaban proclamando un mismo caudillo y tremolando en apariencia la misma bandera, el carácter de uno y otro movimiento era diverso.

Hemos visto ya que en Concepción la candidatura Cruz había sido incubada, no precisamente al calor de los nuevos principios de libertad y de reforma, sino por antiguas rivalidades provincianas; por el espíritu aristocrático y militar, y por simpatías o resistencias más personales que doctrinarias.

En cambio La Serena, ciudad pipiola y liberal por tradición, se había sentido agitada desde los primeros meses del conflicto político iniciado en 1849 por las ideas que proclamaban en la capital los tribunos de la oposición; por los recuerdos de 1828 que estos parecían evocar; y también, es cierto, por el odio al centralismo; que en aquella sociedad orgullosa y aislada no se había extinguido nunca del todo.

Contribuía a acentuar el carácter pipiolo de la agitación serenense, el modesto rango social de la mayor parte de sus corifeos. Era el principal de estos don Nicolás Munizaga, ciudadano honorable y laborioso que había sabido conquistar, merced a sus propios esfuerzos, no sólo la fortuna sino, lo que suele ser más difícil, el aprecio y consideración de sus paisanos. En la prensa llevaba la voz de la oposición Juan Nicolás Alvarez, el célebre «Diablo Político» de 1839, arrojado por la fortuna a La Serena donde vivía la existencia azarosa del bohemio. En la tribuna popular figuraba en primer término un hombre obscuro, Pablo Muñoz, discípulo y admirador de Bilbao, a quien procuraba imitar en esa fraseología ardiente, ampulosa y sin sentido que tiene tanto influjo sobre la ignorancia de las masas.

Como ya lo hemos dicho, se sentían éstas mucho más dispuestas entonces que ahora a dejarse seducir por el prestigio de brillantes e indefinidas promesas. Después de veinte años de silencio, resonaban por primera vez en los oídos del pueblo; y los desengaños no habían venido aún a amortiguar la fe en el porvenir de igualdad, bienandanza y progreso, que anunciaban los apóstoles de los nuevos principios.

La antigua oposición de La Serena vino pues a encontrarse fortalecida con la adhesión apasionada de las clases populares. El 1.º de Junio de 1851, en vísperas casi de la elecciones presidenciales, quedó organizada, a imitación de la Sociedad de la Igualdad de Santiago, la Sociedad Patriótica de La Serena. Liberales antiguos y liberales nuevos; pipiolos y reformistas, fraternizaron allí con los artesanos que dirigía la elocuencia de Muñoz.

El partido gobiernista no contaba con elementos capaces de contrarrestar los de sus adversarios en una ciudad en que, aún en los tiempos del más exclusivo dominio pelucón, el triunfo había sido casi siempre de los pipiolos. Por otra parte, el Inten-

dente de la provincia, don Juan Melgarejo, no era hombre de apelar a la intimidación o al fraude. La lista de electores del general Cruz triunfó pues en La Serena, el 25 de Junio, por considerable mayoría.

No tuvo la oposición igual fortuna en los otros departamentos de la provincia. En Elqui, Combarbalá e Illapel dominaban los pelucones; y en Ovalle, donde los elementos de ambos bandos eran igualmente poderosos, triunfó también la lista conservadora merced, según se dijo entonces, a un fraude en los escrutinios amparado por el Gobernador del departamento.

El acto electoral del 25 de Junio no puso término a la agitación de La Serena. Al contrario, la actitud de los opositores envalentonados por su reciente triunfo, se hizo más amenazadora. Las reuniones tumultuosas de la Sociedad Patriótica perturbaban de día en día la tranquilidad del vecindario; y era tanto más de temer un acto de violencia, cuanto que la ciudad no disponía de otra fuerza pública que la Guardia Cívica, cuyas simpatías eran manifiestamente opositoras.

El Intendente Melgarejo creyó llegado el momento de obrar: y por bando de 13 de Julio, ordenó la disolución de la Sociedad Patriótica. Las cosas habían tomado tal aspecto, que esta medida fué considerada prudente y oportuna hasta por miembros de la oposición. Además, a objeto de guarnecer la ciudad, llegaron a La Serena en esos mismos días dos destacamentos del Batallón de línea Yungay, con un efectivo total de 120 hombres. Se procedió, por último, a desarmar la Guardia Cívica, a cuyos fusiles les fueron extraídas las llaves.

Tales precauciones eran de sobra justificadas. La oposición serenense tenía iniciados ya los preparativos de una revuelta. En los primeros días de Julio Juan Nicolás Alvarez, el «Diablo Político», había celebrado en Santiago una entrevista con el General Cruz y obtenido del candidato vencido la promesa, un

tanto vaga, de amparar con su espada un posible movimiento. El 18 del mismo mes de Julio, llegó también oculto a La Serena, el jefe que la oposición de Santiago enviaba para acaudillar la revolución del Norte.

Era éste don José Miguel Carrera, hijo único varón del ilustre prócer de la Independencia cuyo nombre llevaba. Nacido en la Argentina en 1821, durante la proscripción de su padre, se creía ligado, por tradición de familia, a la causa liberal. Prófugo desde el motín del 20 de Abril en que tomara parte, fué destinado por sus correligionarios políticos para organizar civil y militarmente el movimiento entusiasta, pero todavía informe que conmovía a la provincia de Coquimbo.

La empresa no era difícil porque La Serena se encontraba, puede decirse, en estado de insurrección latente. Disuelta la Sociedad Patriótica, sus afiliados habían continuado celebrando sus sesiones al aire libre en las afueras de la ciudad. El pueblo y la guardia nacional estaban ganados de antemano para la causa revolucionaria; y los mismos soldados de línea no habían podido resistir a la peligrosa influencia de esa atmósfera preñada de pasiones. Por último, de los siete oficiales del Yungay, tres estaban comprometidos formalmente a secundar la revolución.

Los más prudentes entre los opositores de La Serena hubieran deseado, sin embargo, diferir el golpe hasta una vez producido el esperado levantamiento del General Cruz en Concepción, porque la provincia de Coquimbo no podía proporcionar, ni con mucho, por sí sola, elementos de guerra capaces de resistir el Gobierno central. Pero el entusiasmo de los más dió muy luego cuenta de tales timideces. Se creía con fe inquebrantable que el país entero se encontraba al borde de un levantamiento en masa, y que, para producirlo, sólo era necesaria una señal.

Todo quedó preparado para el Domingo 7 de Septiembre, día en que las tropas de línea iban a estar francas, salvo los pe-

queños destacamentos que harían la guardia de los dos cuarteles, el del Yungay y el de los Cívicos, y de la cárcel. Desde la noche anterior los artesanos más seguros de la Sociedad Patriótica, en número de cerca de ciento, fueron distribuidos en grupos que debían esperar el momento de entrar en acción, ocultos en diferentes casas de la ciudad. El más importante de esos grupos, capitaneado por Pablo Muñoz, estaba destinado a atacar el cuartel cívico. Un segundo grupo tenía la misión de apoderarse de los oficiales de la guarnición, invitados a este efecto a un almuerzo en casa del ayudante de la Intendencia, otro de los conjurados.

El golpe tuvo el éxito previsto. Dada la señal convenida, los oficiales del Yungay fueron presos y desarmados, en mitad de su almuerzo. Los tres de ellos comprometidos con los revolucionarios corrieron a su cuartel a sublevar a la guardia, mientras que los artesanos de Muñoz se apoderaban del cuartel cívico, sin encontrar la menor resistencia de parte de sus defensores. Allí se armaron las turbas con los muy pocos fusiles en estado de servicio que la autoridad había dejado a los cívicos; y en medio de un entusiasmo delirante, se dirigieron al cuartel del Yungay, para tomarlo por la fuerza, si ello era necesario.

Pero ya los oficiales conjurados habían conseguido amotinar a la guardia del cuartel. El Intendente Melgarejo se encontraba prisionero; los soldados francos recorrían las calles vitoreando al General Cruz, y el motín había triunfado, sin el derramamiento de una gota de sangre y sin más estrépito que las aclamaciones populares y el alegre repicar de las campanas, que anunciaban el principio de la guerra civil.

Los revolucionarios, dirigidos por Carrera, nombrado a raíz de aquella fácil victoria Intendente provisorio, se apresuraron a ocupar los demás puntos de la provincia. Coquimbo cayó esa misma tarde, y Elqui al día siguiente. Un pequeño destacamento, al mando de don Benjamín Vicuña Mackenna, recibió la misión

de someter los departamentos de Ovalle, Combarbalá e Illapel.

A las diez de la mañana del día 8 el pueblo, convocado a un Cabildo abierto, confirmó los poderes del Intendente Carrera. Allí fué suscrita por trescientos ciudadanos una acta (1) declaratoria de los principios de la revolución. El espíritu pipiolo del movimiento del Norte queda de manifiesto en ese documento. No sólo lo inspiraba la resistencia a la candidatura Montt, sino el odio a la dominación de los pelucones, «autorizada, dice el acta, por un código calculado para anular la forma republicana». Reaparecía el lenguaje de la era pipiola. La Provincia declaraba «reasumir su soberanía», y se anunciaba la próxima convocatoria de una asamblea de delegados de los departamentos.

No fué esto sólo, sino que, por desgracia para ellos, los revolucionarios intentaron organizarse política y militarmente de acuerdo con los principios que proclamaban; y en momentos en que era necesario un poder único y vigoroso, constituyeron al lado del Intendente dos Consejos, uno llamado «del pueblo» para resolver los negocios civiles, y otro encargado de la dirección de la guerra.

La revolución no se dejó arrastrar, en general, a medidas de excesiva violencia; sólo fueron reducidos a prisión algunos de los principales funcionarios públicos y otros jefes del partido gobiernista. En cambio se cometió la torpeza de secuestrar a mano armada un pequeño vapor británico, el «Fire-Fly», de propiedad del acaudalado minero don Carlos Lambert, con el propósito, algo pueril, de llevar al General Cruz la noticia de la revolución.

Súpose ésta en Santiago el 13 de Septiembre, e inmediatamente el gobierno comenzó a organizar la resistencia. Escasos eran, en verdad, los recursos militares de que se disponía. La fuerza de línea constaba sólo de 2,266 plazas, de capitán a paje,

(1) Ver Anexo N.º

distribuidas en 4 Batallones de infantería con un efectivo total de 1,398 hombres; dos Regimientos de caballería con 525, y seis Brigadas de artillería con 343.

De los cuatro batallones de infantería, el Buin, recién organizado sobre la base del Valdivia, se encontraba en San Bernardo; el Chacabuco en Santiago y Valparaíso; el Yungay distribuido entre Santiago, Valparaíso, Chillán y La Serena; y el Carampangue en Los Angeles, guarneciendo la frontera araucana.

De los Regimientos de caballería, el de Granaderos, que servía de escolta al Presidente Bulnes, se encontraba en Santiago; y el de Cazadores distribuido entre Copiapó, Chillán y la Frontera. En cuanto a las Brigadas de artillería, guarnecían la capital y los puertos de Valparaíso, Talcahuano y Valdivia.

Sobre ser insignificantes, estas fuerzas inspiraban al Gobierno recelos bastante justificados. Los militares no veían con agrado el encumbramiento de un civil a la primera magistratura del país. Así el espíritu de las tropas era por lo menos sospechoso, como lo habían ya demostrado el motín del 20 de Abril y la conducta de los oficiales y soldados del Yungay en La Serena.

Eran de temer, sobre todo, el Batallón Carampangue y los dos escuadrones de Cazadores acantonados en Chillán y en la Frontera, bajo la influencia inmediata del movimiento político que agitaba a la provincia de Concepción y del prestigio militar del General Cruz.

Pero la propia guarnición de Santiago había sido minada por el espíritu revolucionario; y algunos de los oficiales del Chacabuco se encontraban comprometidos a sublevarse en la primera oportunidad. Era precisamente ese Batallón, la más sólida fuerza de infantería de que el gobierno podía disponer, el que fué destinado a sofocar el levantamiento de La Serena, a cuyo efec-

to iba a ser embarcado en Valparaíso bajo las órdenes del Coronel don José Francisco Gana.

Dos compañías del Chacabuco se encontraban en Santiago y dos en Valparaíso. Quedó fijada la marcha de las primeras para el 14 de Setiembre pero en la noche del 13 los oficiales comprometidos con la revolución, aprovechando la circunstancia de estar entregado al sueño el Comandante del Batallón, Videla Guzmán, y ausentes algunos de los otros oficiales del cuerpo, pusieron en arresto al Comandante; se presentaron en las cuadras de la tropa; las arengaron y salieron con ellas por la Cañadilla, camino de Aconcagua, llevando el propósito de unirse a la revolución.

Este golpe podía ser mortal para el gobierno, ya que le privaba de una parte importante de la fuerza veterana con que creía contar más de seguro. Si las instituciones en peligro no hubieran tenido, como lo aseguraban sus adversarios, otro apoyo que el de las bayonetas, estaban perdidas.

Pero se levantó para defenderlas la opinión pública de que el genio de Portales, con la creación de la Guardia Cívica, había hecho una fuerza bastante poderosa para luchar contra el militarismo. El Teniente-Coronel Silva Chávez, extraviando caminos, pudo tomar a los amotinados la delantera; se puso a la cabeza de las milicias de Aconcagua, y salió a cortar el paso en la cuesta de Chacabuco al Batallón sublevado, seguido ya de cerca a retaguardia por un escuadrón del Regimiento de Cazadores, destacado desde Santiago en su persecución. Dirigidos los rebeldes por subalternos oscuros, capaces de mandar una sargentada pero no una revolución, hubieron de rendirse, cogidos entre dos fuegos; y reducidos de nuevo a la obediencia, entraron en Santiago el 18 de Septiembre, a la hora en que el cañón del Santa Lucía anunciaba el comienzo del gobierno de don Manuel Montt.

Pero desde varios días atrás el incendio revolucionario había estallado también en la provincia de Concepción.

Terminadas las agitaciones del período electoral, la metrópoli del Sur recobró, al parecer, su tranquilidad ordinaria. Aquella calma, engañosa si la juzgamos a la luz de los acontecimientos posteriores.....

(1).

Dueños los revolucionarios del Norte, de la capital de la provincia de Coquimbo y de los departamentos circunvecinos, tuvieron que vencer, en cuanto pretendieron alejarse de aquel centro de la opinión pipiola, resistencia que seguramente no esperaban. Un destacamento destinado a someter los departamentos australes de la provincia de Atacama, fué rechazado el 29 de Setiembre por las milicias del Huasco y Vallenar y hubo de replegarse hacia La Serena.

No alcanzó mejor suerte la pequeña expedición que, al mando de don Benjamín Vicuña Mackenna había marchado al Sur con un propósito semejante. Recibida en Ovalle con cierto entusiasmo y con tibieza vecina a la hostilidad en Combarbalá, encontró al departamento de Illapel dominado por la poderosa familia conservadora de los Gatica y en una actitud por lo menos equívoca.

La expedición no pasó de allí. El Gobernador del departa-

(1) Faltan en los originales las páginas 8 a 16, que corresponden según el sumario de este Capítulo a las siguientes materias: *Estado político de la provincia de Concepción.—Vacilaciones del General Cruz.—Estalla la revuelta en Concepción.—Actitud de Cruz y de los militares de la Frontera.—El primer Ministerio de don Manuel Montt.—Facultades extraordinarias concedidas al Gobierno.—Parte el General Bulnes a organizar la resistencia.—Formación del Ejército Gobiernista.—Materias estas que hemos reemplazado con los documentos de los anexos números.....—N. del E.*

mento de Combarbalá, don Francisco Campo Guzmán, había salido de San Felipe al mando de un corto destacamento de Granaderos a caballo y de algunos milicianos de Aconcagua; y dando alcance, el 25 de Septiembre, cerca de Illapel, a la informe montonera de Vicuña, la dispersó por completo y le quitó todo su armamento después de una ligera escaramuza.

Entre tanto don José Miguel Carrera procuraba formar, junto a La Serena, un cuerpo de ejército con los escasos recursos de armas y dinero de que podía disponer. Llegó así a reunir unos quinientos hombres, bizoños y mal armados, sobre la base de los milicianos de La Serena, y la mucho más efectiva y respetable de los soldados del Yungay. Entregó la dirección de estas tropas a oficiales improvisados entre los tribunos y agitadores de la provincia; nombró Jefe de Estado Mayor a don Nicolás Muni- zaga y puso al mando de su vanguardia a un prófugo del 20 de Abril, llegado a La Serena en esos días, el Coronel don Justo Ar- teaga, militar mediocre, de carácter altanero y trabajoso, cuya conducta en el motín de Urriola había sido objeto por parte de sus propios correligionarios de comentarios nada halagüeños.

No parece sino que los sublevados del Norte se empeñaron en presentar de antemano una imagen anticipada de lo que el país podía esperar de la resurrección del pipiolaje. Consejos del pueblo; consejos de guerra; infinidad de oficiales petulantes e ineptos; batallones decorados con nombres pomposos; himnos pa- trióticos; escasa disciplina; autoridad en ninguna parte; pocos y malos soldados; tal era el llamado Ejército Restaurador del Norte, trasunto fiel del espíritu en que se inspiraba la revolu- ción de La Serena.

Estableció Carrera a fines de Septiembre su cuartel general en Ovalle, donde lo alcanzaron, el 27, Vicuña y los escasos pró- fugos del tiroteo de Illapel. Al día siguiente abordó en las playas vecinas de Fray Jorge, al vapor Fire-Fly, que traía de Talcahuano

importantes despachos en que el General Cruz anunciaba a los rebeldes del Norte el levantamiento de Concepción y les prometía encontrarse con sus huestes, antes de quince días, junto a las goteras de la capital.

Cabe aquí la relación de un hecho muy duramente apreciado por los opositores en aquel tiempo.

La requisición del vapor *Fire-Fly* en Coquimbo y la captura del *Arauco* en Talcahuano aseguraron a los revolucionarios el dominio del mar. El Gobierno carecía de buques de vapor que oponerles. La escuadra chilena estaba compuesta en aquel tiempo de pocos y casi inútiles veleros, el mejor de los cuales, la fragata *Chile*, era un verdadero pontón, apenas capaz de navegar. El vapor *Cazador* que prestó más tarde tan útiles servicios, sólo fué adquirido el 1.º de Octubre.

Entre tanto, la violencia cometida con el *Fire-Fly* por los revolucionarios de la *Serena* y otra que tuvieron la imprudencia de repetir, días más tarde, con el vapor británico de la carrera, proporcionaron al Gobierno medios de poner a su servicio la *Escuadra Inglesa* de estación en nuestros mares. Era Ministro entonces de Gran Bretaña en Chile Mr. E. H. Sullivan, sobrino carnal de Lord Palmerston, enemigo de las revoluciones y de los que las promueven, y afecto, por principios, a la causa que sostenía en Chile el Gobierno de don Manuel Montt. El Ministro Varas, aprovechando estas disposiciones del diplomático británico, dictó un decreto en que se declaraba que el vapor *Arauco* no era reputado buque chileno, ni gozaba de la protección de la bandera nacional, «pudiendo, en consecuencia, ser legítimamente apresado por cualquier buque, en protección de los intereses de la nación a que pertenezca». Además el Gobierno significó a Mr. Sullivan que la *Escuadra británica* podía proceder, en la forma que estimase mejor, a vengar los ultrajes hechos a su bandera por los rebeldes de Coquimbo.

En obediencia de las órdenes de Mr. Sullivan, los buques ingleses se dieron a perseguir como a piratas a los dos vapores revolucionarios. El Fire-Fly fué apresado junto a la playa de Fray Jorge el 28 de Septiembre apenas cumplida la comisión de que hemos hablado, y aquel mismo día cupo igual suerte al vapor Arauco. El buque de guerra inglés Gorgon, autor de ambas presas, notificó en seguida de bloqueo al puerto de Coquimbo, conminando a las autoridades de la provincia sublevada a que dieran una satisfacción por el atropello cometido con el Fire-Fly.

Don Vicente Zorrilla, Intendente revolucionario de Coquimbo, en ausencia de Carrera, se avino a negociar con el Comandante del Gorgon, y fué entre ambos convenido que el Fire-Fly era buena presa del buque inglés; que los revolucionarios debían pagar treinta y cinco mil pesos de las entradas de aduana, por los perjuicios ocasionados a Mr. Lambert, propietario del vapor, y diez mil a los apresadores, dando además una satisfacción por la presa del ultraje inferido a la bandera británica. En cambio, el Arauco sería devuelto a los revolucionarios. Las estipulaciones de este convenio quedaron sujetas a la ulterior aprobación del Ministro Sullivan y del Almirante de la Escuadrilla inglesa.

Pero el arreglo fué desaprobado por ambos funcionarios, y el Gorgon, cumpliendo nuevas y perentorias instrucciones; volvió a hacer presa del Arauco, el 15 de Octubre, en la bahía de Talcahuano.

Este acontecimiento puso término al poder marítimo de la revolución; pero los adversarios de don Manuel Montt no quisieron perdonar jamás a su Gobierno el haber consentido y amparado la intervención de una escuadra extranjera en nuestras contiendas domésticas.

El mismo 28 de Septiembre, día del apresamiento del Fire-Fly, el llamado Ejército Restaurador inició su marcha desde Ovalle hacia el Sur. El plan de los revolucionarios no era muy preciso.

Contaban vagamente con una sublevación hipotética de los departamentos del valle de Aconcagua que les facilitara el acceso de la desguarnecida capital, donde pensaban ser recibidos como libertadores. Erales sí preciso rehuir todo encuentro con tropas veteranas, dadas las deplorables condiciones militares de la reducida división; pero creían los jefes de ésta que el Gobierno, urgido por los acontecimientos del Sur, no podría organizar un ejército para resguardo del Norte, y que, en todo caso, no les sería difícil burlar a sus posibles perseguidores mediante la vieja táctica de las montoneras.

Tales ilusiones no se vieron realizadas. El 6 de Octubre, la fragata Chile, procedente de Valparaíso, desembarcaba en Papudo una división de línea al mando del Coronel don Juan Vidaurre Leal, y bajo la dirección superior del viejo y esforzado campeón de la causa conservadora, don Victorino Garrido. Componían esta división, una mitad del Batallón Buin; dos compañías del Chacabuco; una brigada de Artillería y otra de Marina, con un total de 462 hombres de tropas veteranas. Desde Papudo Vidaurre se dirigió a marchas forzadas a Quilimarí, donde se le reunieron, el día 9, las milicias de Aconcagua y los Granaderos a caballo del destacamento de Campo Guzmán que se había batido en Illapel.

El punto era bien elegido, en términos generales, como posición a propósito para cerrar el camino al ejército revolucionario del Norte. La zona transitable del territorio chileno tiene allí una anchura de menos de 40 kilómetros, entre las cuestas de los Cristales y Las Palmas, por el oriente, y la caleta de Pichidanguí, por el poniente. Los invasores tenían que franquear el valle de Quilimarí, dentro de ese corto espacio, y Vidaurre estaba en disposición, con las fuerzas de que disponía, de obligarlos a presentar batalla antes de que pudieran avanzar más al Sur. Cometió, por desgracia, el jefe gobiernista el error de no colocarse

en un punto intermedio de su excelente línea de defensa, sino en uno de sus extremos, esto es, junto a la desembocadura del Quilimarí en el mar.

Pero los revolucionarios no avanzaban con la premura y celeridad requeridas por una campaña del género de la que se proponían emprender. Después de malgastar fútilmente varios días en Illapel y en el valle del Choapa, acamparon el 9 de Octubre cerca de la desembocadura del estero de Pupío, paralelo por el norte al de Quilimarí, y sólo a veinticinco kilómetros del campamento de Vidaurre. Allí supieron que el Gobierno había enviado un ejército a combatirlos, y la situación aproximada de éste. Torcieron entonces su rumbo hacia el oriente, por la orillas del estero de Pupío, a fin de ganar el valle de Quilimarí junto a sus cabeceras, atravesando la cuesta de los Cristales. Esta maniobra cuyo objeto era evitar un encuentro con el ejército del Gobierno y ganarle delantera en el camino de la capital, alcanzó un éxito completo, que la indisciplina y torpeza de los jefes revolucionarios iban a malograr poco después.

Sólo en la tarde del día 11 tuvo Vidaurre conocimiento de la situación del enemigo, cuando éste se encontraba ya acampado en Tilama, en el alto del valle de Quilimarí, y cuando, por consiguiente, le era ya imposible detenerlo en la línea de defensa que antes eligiera. Los revolucionarios no tenían sino franquear la cuesta de las Palmas, que cierra el valle por el Sur, a la altura de Tilama, para tomar el camino de Santiago dejando a sus espaldas al ejército del Gobierno.

Fué esto lo que ejecutaron y con tal presteza, que una sola jornada los llevó, en la tarde del 12, hasta Peldegua en el valle de Petorca. Se habían decididamente adelantado a Vidaurre, pero no pasaron de allí. La impericia de los jefes y el cansancio de los soldados, fueron parte a detenerlos todo el día 13 en las

huertas del valle de Petorca, en cuya villa acamparon aquella noche.

Vidaurre, entre tanto, había salido de Quilimarí la misma tarde del 11; y sin detenerse en obstáculos; marchando de día y de noche por caminos de atraveso, llegó al anochecer del 13 al campamento de Hierro Viejo, recién abandonado por el enemigo, y a la vista del ejército revolucionario que no tenía medios ya de rehuir el combate.

Empeñóse éste en las primeras horas del 14, junto al pueblo de Petorca y sobre las alturas que lo rodean, donde Carrera y Arteaga habían tomado posiciones en forma disparatada y confusa. El desastre de los revolucionarios fué completo: casi toda la tropa y cuarenta oficiales cayeron en poder del enemigo, junto con el parque, la artillería, la caballada y el armamento. Del Ejército Restaurador no quedó sino un grupo de fugitivos, la mayoría oficiales, que por los senderos casi inaccesibles de las montañas lograron tomar el camino al norte. Entre ellos iban Carrera, Arteaga, Munizaga y algunos otros de los principales jefes de aquella loca jornada. La división gobiernista sólo tuvo cinco muertos, diez heridos y otros tantos contusos, todos de tropa, y se vió engrosada el mismo día con la mayor parte de los prisioneros hechos al enemigo, los cuales no tuvieron inconveniente para enrolarse bajo las banderas del Gobierno que fueran a combatir tan lejos de su tierra natal.

El entusiasmo que produjo esta fácil victoria entre los partidarios de la administración estaba de sobra justificado.

La proximidad de los rebeldes al valle de Aconcagua les había causado serias inquietudes. Sospechoso era el espíritu de esas poblaciones; y se recordará que ya en Noviembre de 1850 se produjo en San Felipe un movimiento que fué como el preludio de la revolución. Si Carrera, escapando a la persecución de Vidaurre, hubiera logrado ponerse en contacto con ese país amigo, abun-

dante en recursos de todo género y tan vecino a la capital, la situación pudo complicarse extraordinariamente. La misma noche del 14 de Octubre, una montonera improvisada en las haciendas de los alrededores, intentó apoderarse de San Felipe, y se batía con la guarnición miliciana del pueblo, cuando la noticia del desastre de Petorca la obligó a dispersarse.

Acontecimientos de otra índole se desarrollaban, entre tanto, en el extremo norte de la República. Los ricos mineros de Atacama eran en 1851 sinceramente adictos a la causa del Gobierno y; desde que se supo en Copiapó el levantamiento de La Serena, las autoridades y los particulares de la provincia se prepararon con ardor, no sólo para repeler una agresión posible de parte de los rebeldes, sino también para ir a combatirles si llegaba la oportunidad. El ilustre escritor don Joaquín Vallejo era el alma de ese movimiento.

Reunidos el 12 de Septiembre en número de más de trescientos, los principales vecinos de Copiapó suscribieron un acta en la que declaraban estar dispuestos a cooperar con sus personas y bienes al sostenimiento del orden constitucional perturbado, decían «por un motín que abre la puerta a la guerra civil y, de consiguiente, a la ruina total de cuanto hoy hace el bienestar y el orgullo de la República».

A fuerza de entusiasmo y dinero se logró improvisar en pocos días una división de más de mil hombres, perfectamente armados y equipados, y cuyo núcleo más respetable era la caballería, reclutada en buena parte entre los muchos argentinos que pululaban en Atacama a la sazón.

Una vez dueños de esa fuerza y después de haber obtenido seguridades sobre la fidelidad del Escuadrón de Cazadores que guarnecía la provincia, creyeron los atacameños que era llegado el caso de llevar la guerra a La Serena, que suponían indefensa después de la partida al sur del Ejército Restaurador.

Fué organizado al efecto un cuerpo de caballería de más de trescientas plazas, compuesto del Escuadrón de Cazadores y algunos Lanceros de los recientemente reclutados. Al mando del Teniente Coronel don Ignacio José Prieto, comandante de los Cazadores, partió de Vallenar la lucida expedición en la noche del 9 de Octubre.

Al saber el peligro que les amenazaba, los revolucionarios de La Serena se prepararon a la defensa. Pusieron sobre las armas a los cívicos que quedaban en la ciudad, y reclutaron en las haciendas del valle de Elqui una caballería de campesinos poco aguerrida pero bastante numerosa.

Llegó Prieto a la vista de La Serena el 13 de Octubre; pero comprendiendo que no le sería fácil apoderarse de la plaza con las fuerzas de que disponía, continuó su marcha hasta el puerto de Coquimbo que ocupó sin resistencia al amanecer del día siguiente.

Interpretando esta maniobra como síntoma de la debilidad del enemigo, resolvieron los de La Serena salir a atacarlo en campo abierto. Verificóse el encuentro el 14 de Octubre, día de la batalla de Petorca, en el punto llamado Peñuelas, intermedio entre Coquimbo y La Serena. A las primeras descargas dispersóse, sin combatir, la bisoña caballería revolucionaria. La infantería intentó un amago de resistencia; pero al fin se vió obligada a retirarse a la ciudad, dejando en poder de los copiapiños treinta prisioneros, un cañón y algún armamento. Celebróse en La Serena como una victoria el éxito de esta retirada; y en efecto, Prieto desde ese día se mantuvo relativamente inactivo en el fundo de Los Palos Negros, vigilando a la ciudad de cerca y bloqueándola en cierto modo, si bien no pudo impedir que el 21 de Octubre entraran ocultamente a ella los escasos fugitivos del desastre de Petorca, con los jefes más prestigiosos de la revolución.

Entre tanto, Vidaurre y Garrido se ocupaban en la Ligua de organizar una expedición destinada a someter a La Serena. En vista de la necesidad de fortalecer el ejército de Bulnes, no se jugó prudente emplear en la proyectada empresa todas las tropas vencedoras en Petorca. Fueron pues despachadas al Sur, la mitad del Buin; el Escuadrón de Granaderos, y algo más de un centenar de los prisioneros recién reincorporados. El resto de la división con la artillería, en número de unos trescientos hombres de tropas veteranas, fué embarcado el 28 de Octubre en Papudo para Coquimbo. Iba a comenzar el sitio de La Serena, uno de los episodios más sangrientos y seguramente el más dramático de la guerra civil de 1851.

No era allí, sin embargo, donde iba a decidirse la contienda. El país y el gobierno sabían perfectamente que la fuerza principal de la revolución, sobre todo después del combate de Petorca, estaba en el ejército de Cruz. Contando con el auxilio de tropas veteranas y con los grandes recursos militares de una provincia poblada y belicosa, el caudillo del Sur había logrado formar un ejército casi tan poderoso como el de su formidable antagonista.

El Batallón de línea Carampangue, elevado a Regimiento con un total de 800 plazas y bajo el mando de su antiguo jefe el Coronel Zañartu, era la base de la infantería revolucionaria. En Los Angeles fué organizado además, con las milicias de la Frontera otro Batallón, el Alcázar, de 400 hombres, en tanto que las milicias de Concepción constituían un tercer Cuerpo de infantería que fué bautizado con el nombre de Guías. Contaba pues Cruz, para abrir campaña, con poco menos de 2,000 infantes.

Su caballería era aparentemente más poderosa, si bien no formaba en ella ningún cuerpo de línea. Concepción, la legendaria frontera del país de Arauco, preparada por una guerra de tres siglos contra los bárbaros, fué siempre una tierra de jinetes.

Así Cruz pudo encontrarse en muy poco tiempo al frente de más de mil soldados de caballería.

Tan exigua como la del Gobierno, la artillería de Cruz constaba sólo de cien hombres, cinco piezas de campaña y dos culebrinas; y había sido organizada sobre la base de la Brigada de artilleros de línea que guarnecía a Talcahuano.

Los más entusiastas promotores del movimiento revolucionario instaban al General Cruz a que abriera campaña, aún antes de completar aquellos precipitados aprestos, en la seguridad de que el ejército y el país se levantarían en masa, apenas el caudillo del Sur iniciara hacia la capital una marcha que no iba a ser, en concepto de tales ilusos, sino un paseo triunfal.

El General Cruz, lejos de alentar aquellas esperanzas absurdas, sabía muy bien que, para proteger eficazmente un posible movimiento revolucionario en el centro del país, le era preciso forzar primero la línea del Maule, defendida por Bulnes, y no le pareció prudente iniciar con tal objeto una campaña, antes que estuviese un tanto adelantada la organización de su ejército. En cuanto al territorio comprendido entre el Itata y el Maule, ocupábanlo ya en parte, como lo hemos indicado, las montoneras que le servían de vanguardia.

El Coronel don Domingo Urrutia, rico agricultor de la provincia del Maule, era el jefe principal de esas montoneras. Salido a campaña con los inquilinos de sus haciendas, desde los comienzos de la revolución y, a pesar de su fracasado intento para apoderarse de Parral el 19 de Septiembre, había logrado sembrar la inseguridad y la inquietud en las comarcas de ultra Maule. Ante la amenaza de ver cortadas por estas guerrillas sus comunicaciones con el Norte, las autoridades abandonaron desde luego a los rebeldes la provincia del Ñuble y la parte austral de la del Maule con casi toda la zona marítima de esta última. Nada aconsejaba pues a Cruz un avance prematuro con el solo objeto de ocupar

poblaciones más o menos hostiles, escasas en recursos militares y dominadas ya hasta cierto punto por las montoneras.

Quería también el caudillo revolucionario asegurar la tranquilidad de su retaguardia contra una agresión posible por parte de los indios araucanos. Como todos los militares de nuestro antiguo ejército, Cruz tenía formado un alto concepto de la eficiencia guerrera de esas tribus bárbaras y contaba por mucho con su prestigio sobre ellas. Trasladóse pues a Los Angeles, a fin de promover un parlamento con los principales caciques fronterizos del valle central y la cordillera. Fatigosas y sobre todo lentas para las circunstancias resultaron aquellas negociaciones, que hubieron de prolongarse hasta mediados de Octubre. Consiguió Cruz, por último, que los indios le proporcionaran trescientas lanzas que fueron incorporadas al ejército, más como rehenes que como verdaderos auxiliares.

Los acontecimientos probaron que tales precauciones no eran del todo ociosas, porque Bulnes a su vez estaba intentando promover un movimiento entre los indios de la Baja Frontera. Se valió, con este objeto, el General gobiernista del comisario indígena don José Antonio Zúñiga, antiguo montonero realista de la época de Benavides y los Pincheira, temible por sus relaciones con los bárbaros. Prisionero Zúñiga de los revolucionarios, logró escapar a fines de Septiembre y se había dirigido hacia la costa de Arauco, con la esperanza de sublevar a favor del Gobierno las tribus del litoral.

Pero esos indios pacíficos y poco numerosos no eran para inspirar grandes inquietudes. Cruz creyó al fin llegado el momento de organizar su línea de defensa a orillas del Ñuble, más con el objeto de prevenir un ataque de Bulnes que decidido a tomar la ofensiva.

Ordenó pues la concentración de sus ejércitos en la hacienda de Peñuelas y en sus vecindades, junto al Itata, donde se encon-

traron a mediados de Octubre las divisiones organizadas en Los Angeles y en Concepción, al mando del Coronel Zañartu la primera, y del General Baquedano la segunda.

Fué nombrado al mismo tiempo Intendente de Concepción don José Antonio Alemparte, hombre mucho más adecuado para desempeñar aquel difícil cargo que el infantil y candoroso Vicuña, el cual pasó a servir de secretario del General en Jefe. Alemparte debía terminar los preparativos militares de la provincia; presidir al reclutamiento de nuevas fuerzas que estaban completando su efectivo en el departamento de Lautaro, y asegurar la tranquilidad de la Baja Frontera, perturbada por los manejos de Zúñiga.

El 22 de Octubre llegó Cruz al campamento de Peñuelas, y dos días después el ejército se puso en marcha sobre Chillán, donde entró el 25. Frío, lúgubre, silencioso, fué el recibimiento que hizo a los revolucionarios la capital del Ñuble. Los más ilusos debieron comprender entonces lo poco que había de realidades en el paseo triunfal que aseguraran a los penquistas los corifeos de la oposición de Santiago.

Mientras se ocupaba el General Cruz de terminar la organización de su ejército, un terrible temporal de viento y lluvia que estalló el 3 de Noviembre lo dejó paralizado en Chillán por nueve días consecutivos. El tiempo se serenó sólo el 13, cuando ya el ejército de Bulnes se encontraba sobre las márgenes del Itata.

Todo había aconsejado, en efecto, al ilustre General aquella rápida e inesperada ofensiva. Es cierto que, aparte de la aparición fugaz de algunas montoneras, reinaba la tranquilidad más absoluta en las provincias del centro, y que la oposición de Santiago aparecía inerte y reducida a la impotencia; a pesar de encontrarse la ciudad sin guarnición, y quizás por eso mismo, ya que la indisciplina de los militares había constituido hasta entonces el mejor auxiliar de los revolucionarios. Pero la presen-

cia en el Sur de un poderoso ejército en armas contra el Gobierno servía de estímulo a las empresas sediciosas, en ciudades casi indefensas, y aunque no eran de temer movimientos verdaderamente populares, un puñado de audaces podía trastornar el orden, en uno u otro punto del país.

Así sucedió el 28 de Octubre en Valparaíso. A las cinco de la tarde de ese día, unos cuarenta revoltosos tomaron por asalto el cuartel del Batallón Cívico número 2, y procedieron incontinenti a repartir armas y municiones entre la plebe siempre alborotada de aquel puerto. El Intendente de la provincia don Manuel Blanco Encalada, acudió con prontitud a sofocar el tumulto; pero aunque dispersó sin dificultad el grupo principal de amotinados, no pudo impedir que muchos de los prófugos continuaran sus depredaciones hasta muy entrada la noche, ocultos en las numerosas quebradas que rodean la población.

Sólo la derrota de Cruz podía poner término a aquel estado de alarmante inseguridad. Tanto el Gobierno como el General Bulnes creyeron que era llegado el caso de terminar de una vez. Por otra parte, el Ejército Pacificador del Sur se encontraba ya completo y listo para abrir campaña, sobre todo desde que hubo recibido el refuerzo que le enviaran los vencedores de Petorca.

El 2 de Noviembre salió Bulnes de su campamento de Loncomilla, al encuentro de la revolución. Mandaba un ejército de 3,345 hombres, en su mayoría improvisados reclutas. El espíritu de la tropa era, sin embargo, excelente. Formaba el núcleo de la infantería el Batallón de línea Buin, elevado a regimiento con 700 plazas, y la completaban los cívicos de Chillán y Talca, y un cierto número de los de Colchagua, con un total de 1,144 hombres. Componían la caballería de línea, los Regimientos de Granaderos y Cazadores, con un efectivo de 200 plazas cada uno, y un escuadrón de Lanceros con 120. Los escuadrones cívicos de Rancagua, Caupolicán, Curicó, Linares, Chillán y La Laja, con

un total de 800 jinetes, formaban el resto de la caballería. Era pues esta arma la que, en uno y otro ejército, constituía la fuerza más respetable. Al igual que Cruz, no dispuso Bulnes sino de 100 artilleros y ocho cañones.

El sospechoso Batallón Chacabuco y numerosos cuerpos cívicos organizados ya, o en vías de organización, debían formar en Talca una reserva, casi tan numerosa como la propia división expedicionaria, para el caso de un posible revés.

La marcha de Bulnes al Sur fué lenta y fatigosa, pues tuvo que soportar las consecuencias del mismo aguacero que había paralizado a Cruz en Chillán. El ejército salió con brillo de aquella prueba dura para tropas bisoñas, y acampó el 9 de Noviembre en San Carlos. Tenía a su frente el caudaloso Ñuble, hinchado por las lluvias, y las avanzadas del enemigo que coronando los barrancos de la orilla izquierda, se disponían a defender el paso del río.

No se ocultaban a Bulnes los peligros de la operación que iba a emprender. Salvando el Ñuble, quedaba su ejército sin retirada en el caso de una derrota, siempre posible en las contingencias de la guerra. No vaciló, sin embargo. Había llegado a su noticia el asesinato del comisario Zúñiga de que luego hablaremos. Este acontecimiento que aseguraba la tranquilidad de la Baja Frontera iba a permitir a los revolucionarios reforzar su cuerpo de operaciones; y Bulnes no quiso darles tiempo para ello. Desconfiaba también el ilustre General de la eficiencia de sus tropas para soportar las fatigas de una campaña que, dada la inactividad de Cruz, iba a prolongarse indefinidamente, si el Ejército del Gobierno no tomaba desde luego la ofensiva.

Movió pues Bulnes sus tropas hacia el oriente, en demanda del vado de Nahueltoro, a cuatro leguas de San Carlos y casi al pie de la cordillera. Aquel vado, poco practicable y nada cómodo, presentaba al menos la ventaja de no estar defendido por fuerzas

enemigas. El día 14 se verificó el paso del río, rápido y profundo en ese sitio. La caballería hubo de llevar a los infantes a la grupa, y quedó tan quebrantada que fué preciso seguir avanzando a muy cortas jornadas hacia el ejército revolucionario, acantonado en las inmediaciones de Chillán.

Había escogido Cruz entretanto una fuerte posición, defendida por zanjas y cercados, en la hacienda de Los Guindos, junto a la confluencia del Cato con el Ñuble, punto intermedio entre el vado de Nahueltoro y la ciudad de Chillán. El 19 de Noviembre ambos ejércitos se encontraron en contacto. No quiso Bulnes, sin embargo, atacar al enemigo por su frente ni por su flanco oriental, temeroso de que, vencido Cruz, se retirase sobre Chillán donde podía prolongar la resistencia. Ejecutó en cambio un audaz movimiento de flanqueo, y vino a colocarse en el sitio llamado Monte de Urra, entre el ejército revolucionario y la ciudad.

Mientras realizaba esta hábil maniobra recibió el General gobiernista un parlamentario de Cruz, portador de nebulosas proposiciones de arreglo, concebidas por el inagotable candor de don Pedro Félix Vicuña. Dióseles por respuesta que no era la misión del Ejército Pacificador discutir cuestiones políticas con los rebeldes, sino someterlos a las autoridades legales.

Ventajosamente situado ahora en Monte de Urra, procuró Bulnes atraer a su adversario a un combate general. Dispuso al efecto una carga de caballería contra tres escuadrones revolucionarios que se mostraban a su izquierda, fuera de las zanjas y cercados, mientras la artillería del Gobierno rompía por su parte sus fuegos sobre el grueso del enemigo. Se siguió a esta orden un encuentro confuso entre los jinetes de ambos ejércitos; pero Cruz no abandonó sus posiciones, y la jornada terminó sin otro resultado que la dispersión momentánea de una parte de la caballería revolucionaria.

Al día siguiente, convencido Bulnes de la inutilidad de sus

esfuerzos para sacar a Cruz de los atrincheramientos naturales que éste eligiera, ocupó la ciudad de Chillán, donde se mantuvo hasta el 29 de Noviembre, casi en completa inacción. Contaba en el entretanto con utilizar su prestigio en el Sur, promoviendo *diversiones* en las provincias rebeldes. Consiguió así levantar una montonera por los alrededores de la villa de Buin, pero la apatía y el desaliento de las poblaciones no le permitieron realizar tales planes en mayor escala.

En cambio su propia situación se tornaba más y más comprometida. En cualquier momento Cruz podía franquear a su turno el Ñuble, y adelantársele en el camino de la capital. Pero el General rebelde, tímido por carácter y desprovisto de audacia agresiva, no se atrevió tampoco a dejar al enemigo a su retaguardia. Confiaba menos que sus consejeros en el espíritu revolucionario del centro de la República.

Un refuerzo considerable, conducido por el Intendente de Concepción don José Antonio Alemparte, le llegó, no obstante, en esos días.

Partidario hasta entonces del sistema político que la revolución decía combatir, Alemparte, lejos de olvidar sus antiguos principios, desplegó en el ejercicio de su cargo un autoritarismo riguroso y enérgico, ocupándose sobre todo con actividad casi febril en el alistamiento de las tropas que iban a reforzar el ejército y en dejar asegurada la tranquilidad de la Baja Frontera. El comisario Zúñiga, al frente de algunos indios que lograra sublevar, amagaba desde Cupaño al pueblo de Arauco. Alemparte en persona se puso en campaña, y bastó su presencia para imponer respeto a las reducciones de la costa. Preparábase ya a atacar al propio Zúñiga, cuando éste fué asesinado bárbaramente por una horda de indios llanistas, levantada en su contra por los gobernadores de Lautaro y La Laja.

Este sangriento suceso vino a desvanecer todo peligro de

una agresión por el lado de la Frontera. Pocos días más tarde ancló en el puerto de Lebu la goleta «Primavera» conduciendo un destacamento de Granaderos con armas y pertrechos, enviados por Bulnes desde Constitución en auxilio de Zúñiga. Aquellos elementos de guerra cayeron en poder de los revolucionarios, y el 17 de Noviembre don José Antonio Alemparte al frente de trescientos hombres, entre infantes y jinetes, a los que se habían agregado algunos indios de la costa, se unió ~~fora~~ al ejército de Cruz.

Este importante refuerzo sólo quedó incorporado al ejército revolucionario el 23 de Noviembre, porque, ocupando Bulnes en Chillán una situación intermediaria entre el campamento de Cruz y la división de Alemparte, temió el último verse sorprendido, si continuaba avanzando solo hacia el norte, y hubo de resolverse a esperar que el grueso del ejército marchara a su encuentro. Verificada la unión de ambas fuerzas en la hacienda de Boyén, al sureste de Chillán, los rebeldes regresaron a su primitivo campamento de Los Guindos.

Angustiosa, casi desesperada era en ese momento la situación de Bulnes. Cruz disponía ahora de un ejército numéricamente superior que, contando con los últimos refuerzos, no bajaba de 4,000 hombres. La división del Gobierno, en cambio, separada de sus líneas de aprovisionamiento por un río invadable e incapaz de batir al enemigo en su propio territorio, no era ya en cierto modo dueña de sus movimientos. La revolución podía a su arbitrio impedirle el paso del río o adelantársele en el camino del norte, desde su campamento, situado puede decirse en las mismas márgenes del Ñuble. Para colmo de desgracia, vino a descubrirse que las municiones del ejército del Gobierno se habían inutilizado casi totalmente, en el vado de Nahueltoro, no quedando en estado de servicio sino cuatro cartuchos por fusil. Era

una catástrofe casi sin remedio; pero las vacilaciones de Cruz vinieron a evitarla.

Sólo quedaba a Bulnes la perspectiva de una peligrosa retirada, y la emprendió con esa decisión serena que fué el secreto de sus éxitos militares. Salió de Chillán al anoecer del 29, resuelto a presentar batalla si el enemigo le ofrecía favorable coyuntura, pero principalmente con el ánimo de atravesar el Ñuble, por alguno de los numerosos vados que existen al poniente del camino real del Sur.

Apenas llegó al campo revolucionario la noticia de este movimiento, el General Cruz se puso lentamente en marcha con sus tropas hacia el oeste, a fin de vigilar de cerca las maniobras del enemigo, pero nada decidido a batirlo desde luego. Bulnes acampó junto al vado de Guapi, el más occidental de los del Ñuble, y Cruz legua y media más al oriente, también a orillas del río. Aprovechando de las sombras de la noche, ejecutó entonces el General del Gobierno una de las operaciones más audaces y felices de su carrera: la de atravesar un río caudaloso casi a la vista de su adversario. Cruz no intentó estorbárselo, a pesar de las instancias de sus subalternos, que comprendían cuán fácil era destrozar al ejército gobiernista en tan comprometido momento. Pero el Jefe revolucionario permaneció encastillado en el aforismo, evidentemente absurdo bajo el punto de vista militar, de que al enemigo que huye se ha de hacer puente de plata.

Tampoco la retirada de Bulnes era una fuga. Después de escapar a una situación azarosa, iba a atraer al enemigo al centro de sus recursos, para batirlo pocos días más tarde. Cruz fué el verdadero vencido en la jornada. Su prestigio militar se había evaporado, y cuando atravesó él mismo el Ñuble, en seguimiento de su antagonista, el camino que hubo de recorrer quedó sembrado con los desertores de su ejército. Las temibles lanzas de

Arauco no fueron las últimas en volver riendas hacia sus tolderías.

Marcharon paralelamente ambos ejércitos en dirección al norte: Cruz por el camino real, y Bulnes más inclinado al poniente. Pero el 3 de Diciembre el General del gobierno consiguió tomar la delantera en el pueblo de Parral; y vino a acampar el día 5 en una situación ventajosa, al pie del cerro de Bobadilla, junto a la confluencia del Loncomilla con el Maule. Cruz se detuvo legua y media más al sur, y ocupó las casas de la hacienda de Reyes, a orillas también del Loncomilla y casi en el mismo sitio en que se organizara un mes antes la División del Gobierno.

Allí resolvió Bulnes atacarlo, una vez repuestas sus tropas de las fatigas de tan larga jornada. Disponía ahora de suficientes municiones y del refuerzo de dos Batallones cívicos que se le reunieron durante su marcha.

La batalla se empenó en las primeras horas del 8 de Diciembre. Las fuerzas de ambos contendientes estaban numéricamente equilibradas, y pueden estimarse en unos 3,500 hombres por cada lado.

Cruz tenía su centro en las casas de Reyes, apoyando su izquierda en el Loncomilla, que corre allí en dirección de sur a norte, y su derecha en un cerro situado al oriente de las casas susodichas. Toda la caballería revolucionaria fué agrupada en el flanco izquierdo, entre las casas y el río.

Dispuso Bulnes el ataque llevando la caballería a su derecha, frente a frente a la de su adversario. Apenas impuesto Cruz de este movimiento, hizo tender sus líneas y se preparó a resistirlo.

La batalla prometía ser reñida. El ejército revolucionario se presentaba cubierta su izquierda por un río invadeable y teniendo al centro los vastos edificios de la hacienda de Reyes que le servían de refugio en el último término. Pero Cruz no había

provisto a la defensa del espacio intermedio entre las casas y el cerro en que se apoyaba por la parte del oriente. Aprovechando Bulnes esa circunstancia, mientras hacía desplegar el grueso de sus tropas sobre el frente enemigo, destacó una fuerte columna de infantería con orden de flanquear por la derecha al ejército revolucionario, para caer en seguida sobre su retaguardia.

Casi al iniciarse el fuego, la caballería de Cruz, situada como hemos dicho a la izquierda, se lanzó a la carga contra los jinetes que tenía a su frente, con tan mal éxito que la mayor parte de los escuadrones cayeron en las zanjas y barrancos que allí cruzan el campo, y se desorganizaron por completo. La artillería y la infantería del Gobierno contribuyeron con sus disparos a aumentar la confusión, y una carga de los Cazadores y Granaderos vino a decidir la derrota de la caballería rebelde. Sus primeros escuadrones, no pudiendo huir por ningún lado, se arrojaron al Loncomilla, donde perecieron ahogados cerca de trescientos hombres; otros tantos fueron hechos prisioneros, mientras el resto huía desordenadamente hacia el Sur, para no presentarse ya más al campo de batalla.

El fuego de la infantería se sostenía, entre tanto, con increíble tesón. Los batallones avanzaban y se replegaban alternativamente causándose estragos horribles. La columna que Bulnes destacara por su izquierda con orden de rebalsar las líneas enemigas, logró su objetivo en los primeros momentos en que era desbaratada la caballería revolucionaria, y pudo contribuir al definitivo desastre de esta última. Volvió entonces sus fuegos contra la infantería que, batida por otros lados, fué casi enteramente aniquilada. Sus restos se retiraron a las casas de Reyes, ocupadas por el General Cruz con una parte de sus batallones intactos todavía.

Era ya inútil una mayor efusión de sangre. El ejército revolucionario, privado de su caballería; con su infantería diezmada, y encerrado en el estrecho recinto de las casas de Reyes,

nada era capaz de intentar desde ese momento. Bulnes, comprendiéndolo así, ordenó cesar el fuego.

No había contado con la fantástica indisciplina de sus bisoños reclutas que, ebrios de sangre, enfurecidos por la lucha, se obstinaron, desobedeciendo a sus jefes, en apoderarse del último reducto en que se refugiaron los vencidos de Loncomilla. λ

Nada más absurdo que aquel desordenado intento de apoderarse sin artillería, por asalto y a la bayoneta, de un edificio que, para las armas de entonces, equivalía casi a una fortaleza. El lance fué con todo, largo, porfiado y sangriento. Consiguieron Bulnes al fin restablecer la obediencia entre sus soldados; y fué al campo de Bobadilla a disciplinar sus desorganizados batallones, en la paciente espera del ya inevitable desenlace. λ

La batalla de Loncomilla es una de las más sangrientas que registran nuestros anales. Se dijo entonces que cerca de la mitad de los combatientes de ambos bandos había quedado sobre el campo. No conocemos, sin embargo, la cifra exacta de las bajas; el ejército revolucionario se dispersó poco después de la acción, y los documentos oficiales no traen tampoco detalle de las pérdidas sufridas por los gobiernistas. Entre estas últimas las hubo particularmente dolorosas. El Sargento Mayor del Buin don Cesáreo Peñailillo, y el Teniente Coronel don Antonio Videla Guzmán perdieron la vida al comenzar la acción. Más tarde cayeron igualmente el Capitán del Batallón Rancagua, don Matías González, el Capitán del Granaderos don Narciso Guerrero y muchos otros oficiales de línea y de la guardia cívica.

El ejército de Cruz sufrió bajas no menos sensibles. Sobre el campo de batalla quedaron los comandantes Ruiz y Urizar, que eran el alma de su caballería e infantería, y de los más esforzados promotores de la revolución; y salió herido, entre otros jefes, el de Estado Mayor, General don Fernando Baquedano.

Metidos en las casas de Reyes los restos de la División re-

volucionaria, y privados ya de toda iniciativa por la falta de caballería, no les quedaba otro camino que el de una retirada, difícil y peligrosa, pero siempre posible, mientras conservaran contacto con el río Loncomilla. Las ilusiones no se habían desvanecido, sin embargo, del todo en el campo de Cruz. Hablaban los reclutas de ir a beber agua al Maule; y el eterno optimismo de don Pedro Félix Vicuña se sorprendía de no ver ya al ejército en camino de Talca.

Muy de otra suerte pensaban los militares comprometidos en la revolución, que mejores jueces en asuntos de guerra, e interesados además en salvar la catástrofe, sus grados y empleos, sólo querían ahora la capitulación honrosa. Bulnes, por su parte, estaba muy dispuesto a acordársela, temeroso de que Cruz, retirándose al Sur, iniciara en la Frontera una campaña de recursos tan larga y desastrosa como la emprendida por Benavides, treinta años atrás.

Cundía entretanto la desmoralización en el estrecho campo revolucionario; los jefes sólo hablaban de capitular; y las tropas, aterrorizadas por el sangriento espectáculo que las rodeaba, no parecían en ánimo de batirse nuevamente.

El 10 de Diciembre por la mañana, y mientras Bulnes se disponía a estrechar el cerco de las casas de Reyes, recibió de Cruz una nota proponiéndole discutir condiciones de paz. Trasládose con este objeto a las casas de Reyes, provisto de poderes, don Manuel Antonio Tocornal; pero el caudillo no manifestó abundar en términos razonables, y las negociaciones hubieron de interrumpirse por el momento.

Vacilaba en efecto el débil espíritu del caudillo vencido, entre las porfiadas ilusiones de los unos y el desaliento del mayor número de sus parciales. Movi6 al fin su campo hacia el Loncomilla, y merced a las lanchas que tenía de antemano listas,

pudo pasar a la ribera opuesta, donde quedó por de pronto, en cierto modo, fuera del alcance del ejército gobiernista.

Tan pronto como tuvo Bulnes noticia de esa maniobra, se puso sin pérdida de tiempo en persecución de los fugitivos; y estaba a punto de atravesar el río, cuando se presentó en su campo don José Antonio Alemparte, anunciando que venía resuelto a celebrar la paz en condiciones satisfactorias.

Pendientes aún estas conferencias, el General Cruz, en cuyo campo se estaba produciendo considerable desertión, dió a Bulnes aviso de que sus tropas, negándose a aceptar las capitulaciones, se habían puesto en marcha para el sur; y que, a fin de evitar los desórdenes que eran de temer en su tránsito, acababa de ordenar a los jefes se pusieran a la cabeza de los respectivos cuerpos hasta conducirlos a sus hogares.

Era ya tiempo de poner término a aquellos procedimientos equívocos. Diéronse por terminadas las conferencias de paz; el ejército gobiernista se puso en marcha; traspasó el Loncomilla por Batudahue, y vino a dar alcance a los sublevados a las orillas del río Purapel.

Convino Cruz entonces en aceptar las condiciones del vencedor; y el 14 de Diciembre quedó suscrito el tratado, o mejor dicho, la capitulación de Purapel.

El general Cruz, por sí y a nombre de los individuos bajo su mando, reconocía la autoridad del Presidente don Manuel Montt; entregaba al General Bulnes sus fuerzas militares, y se comprometía a ordenar el desarme de las montoneras que hostilizaban al Gobierno legítimo en el término de ocho días, para las provincias entre Concepción y Colchagua, y en el de quince días para el resto de la República. El General Bulnes, en cambio, recibía a los militares revolucionarios con los grados que tenían conferidos por el Gobierno, y les aseguraba que no serían perseguidos por su conducta política, comprometiéndose además a re-

cabar de los poderes públicos una ley de amnistía a favor de las personas comprometidas en los últimos acontecimientos.

El 15 de Diciembre Bulnes tomó posesión del campo rebelde; y después de incorporar al Regimiento Buin los soldados veteranos del Carampangue que le fueron entregados, hizo desarmar y remitir a sus hogares a los demás individuos llamados al servicio por la revolución.

El Jefe de Estado Mayor, Coronel don José Rondizzoni, salió inmediatamente a tomar el mando de la provincia de Concepción; y el Coronel don José Ignacio García fué despachado a la del Ñuble con igual objeto. Así quedó restablecido en todo el Sur el régimen legal.

Batíanse desesperadamente, entre tanto, encerrados en el estrecho recinto de la ciudad de La Serena, los revolucionarios del Norte.

Hemos visto que la capital de Coquimbo se encontraba sometida, si no a un sitio regular, a cierta vigilancia más o menos estrecha desde el 13 de Octubre, fecha de la llegada de la división atacameña que mandaba el Teniente Coronel don José Ignacio Prieto. Se recordará también que, a pesar de esa vigilancia, pudieron penetrar en la población el 21 de Octubre los jefes revolucionarios vencidos en Petorca.

Apresuráronse estos a organizar la defensa. Don José Miguel Carrera reasumió su puesto de Intendente, y el Coronel Arteaga fué nombrado gobernador militar de la plaza.

La Serena es una ciudad abierta como todas las de Chile. Se procedió, por lo tanto, a cerrar con trincheras o barricadas las calles que dan acceso a la plaza principal, y se formó una especie de recinto fortificado que encerraba las nueve manzanas centrales de la población. Caminos de ronda, abiertos en el interior de los solares, ponían en comunicación unas con otras a estas obras defensivas. Además de la línea de trincheras, fueron cons-

truídos algunos fuertes destacados, cuya acción no pudo ser muy eficaz por falta de cañones con que artillarlos.

A pesar del completo desastre del ejército revolucionario en Petorca, La Serena contaba aún con unos seiscientos defensores armados. Componían la guarnición de la ciudad una brigada de artillería que había quedado defendiendo a Coquimbo a la partida de la Expedición Restauradora; trescientos hombres del Batallón cívico, y doscientos mineros indisciplinados pero resueltos, que fueron reunidos en un batallón bajo el nombre de Defensores de La Serena.

La división del Gobierno, organizada en La Ligua, había zarpado de Papudo como se ha dicho, el 28 de Octubre. Don Victorino Garrido se adelantó en el vapor Cazador con parte de esas fuerzas y vino a fondear a Coquimbo al día siguiente. El resto de las tropas debía desembarcar en Tongoy y reunirse por tierra con la vanguardia.

Una vez en contacto con los atacameños de Prieto, Garrido intimó rendición a la ciudad, ofreciéndole en cambio la clemencia del Gobierno. La respuesta de Carrera fué una altanera negativa. No entendían los de La Serena encontrarse en el caso de pedir o aceptar clemencia. Conforme a las extrañas doctrinas políticas que profesaban, la revolución constituía un acto lícito. Era don Manuel Montt quien se hacía reo de un atentado salvaje, al combatir con las armas en la mano a una provincia que reasumiera «legítimamente» su soberanía, en uso de sagrados e imprescriptibles derechos.

Era evidente, como después lo comprobaron los sucesos, que La Serena estaba en disposición de sostener una larga resistencia. Las tropas del Gobierno, aunque superiores en disciplina y organización, no eran más numerosas que las de los revolucionarios, los cuales tendrían por su parte la ventaja de

batirse dentro de un campo atrincherado y con la decisión rabiosa del que defiende su hogar.

La porfiada lucha que iba a emprenderse aparecía además estéril en sus resultados. Vencida o vencedora La Serena, la suerte de la revolución se decidiría siempre en la campaña del Sur. Después de la batalla de Petorca, era materialmente imposible que el Norte repitiese su frustrado intento de ofensiva.

Comprendiéndolo así los jefes revolucionarios, el Intendente Carrera, de acuerdo con el Consejo del Pueblo, autorizó al Coronel Arteaga para negociar con Garrido un armisticio. El ejército gobiernista acamparía en el sitio que tuviese a bien en las cercanías de La Serena, suspendiéndose las hostilidades hasta el desenlace de la guerra civil.

Garrido no creyó deber aceptar aquel arreglo. La inacción del Gobierno frente a una ciudad sublevada significaba en su concepto un triunfo moral para los rebeldes, harto peligroso dentro de la equívoca situación por que atravesaba la República.

Fracasada aquella tentativa pacífica, los jefes gobiernistas tomaron sus disposiciones para iniciar el asedio de la plaza. Dadas las condiciones de ésta, el sitio no podía ser una operación regular de guerra. Por cerca de dos meses iban a sucederse, en confuso desorden, ataques sorpresivos, combates parciales; y escaramuzas de toda índole, cuyo teatro obligado fueron los arrabales de la ciudad y los frondosos huertos que la rodeaban.

Muy pronto quedaron de manifiesto las dificultades que iba a ofrecer la empresa de rendir por asalto aquel campo atrincherado, cuyos defensores eran por lo menos tan numerosos como los atacantes. Además el entusiasmo revolucionario de la población se fué exaltando de día en día, con los estragos de la guerra, hasta que todos los habitantes, casi sin distinción de edades y sexos, llegaron a tomar parte más o menos en aquella lucha desesperada y cruel.

El 5 de Noviembre ambas artillerías rompieron el fuego entre las respectivas trincheras, y al día siguiente la ciudad misma fué bombardeada por los cañones del Gobierno. Se pactó entonces un armisticio que sitiados y sitiadores aprovecharon para mejorar como pudieron sus respectivas posiciones. El bombardeo de las trincheras se inició de nuevo el día 24, y aquella misma noche los gobiernistas intentaron un ataque sorpresivo que no tuvo resultado.

Se consideraba que el punto más débil de la plaza era su costado sur, donde la quebrada de San Francisco separa la población de los faldeos del Cerro Grande, en los cuales se había situado la artillería gobiernista. En la noche del 18 de Noviembre tuvo lugar por esa parte el primer asalto general; pero después de un encarnizado combate, los sitiadores se vieron obligados a retirarse sin haber conseguido ninguna ventaja decisiva.

El 21 llegó a La Serena, como alto comisario del Gobierno, el enérgico ex-Ministro de Justicia don Máximo Muxica quien ordenó se extremaran los recursos a fin de obtener la rendición de la ciudad rebelde en el menor tiempo posible. En obediencia de estas instrucciones, antes de intentarse un nuevo asalto, se puso fuego a los edificios vecinos a las trincheras del sur que sirvieran hasta entonces de reparo a sus defensores.

Sobre los escombros del incendio, los sitiadores hicieron el 25 de Noviembre un último y desesperado esfuerzo que no tuvo mejor éxito que los anteriores.

Fácil es comprender la soberbia exaltación que se había apoderado del ánimo de los revolucionarios de La Serena. La noche del 26, no satisfechos ya con defenderse dentro de sus trincheras, realizaron una salida sorpresiva, y destruyeron una batería gobiernista, apoderándose de un cañón.

Desde ese momento Vidaurre se resignó a no apurar el cer-

co de la ciudad, que aparecía inexpugnable para un ejército como el que mandaba.

Entretando la discordia comenzó a trabajar a los sitiados. Aquellos hombres incapaces de obediencia y disciplina; lanzados a la revuelta por tendencias y principios más o menos anárquicos, no dejaron de dar muestras de su turbulencia, ni siquiera dentro del estrecho recinto en que se encontraban encerrados.

Una vez iniciadas las operaciones del sitio, el Gobernador de la plaza quedó de hecho investido de todos los poderes. La autoridad del Intendente era de puro aparato. Pero el espíritu altanero y quisquilloso del Coronel Arteaga no estaba sin embargo satisfecho. Los incidentes más insignificantes servíanle de pretexto para promover conflictos fastidiosos y pueriles, no dejando de esgrimir por cierto en ellos el expediente, bastante usual entre los díscolos, de presentar a cada paso la renuncia de su cargo.

Su temperamento de revolucionario y su inclinación a la intriga le condujeron además a formarse dentro de la plaza un partido personal, cuyo principal apoyo en el elemento civil era el Dean de la Catedral don Joaquín Vera, personaje de gran prestigio en la ciudad. El Batallón de los mineros había sido también ganado a la causa de Arteaga.

Carrera, con el objeto de poner término a aquella situación peligrosa y molesta, declinó la Intendencia en don Nicolás Munizaga, cuya inmensa popularidad podía imponer respeto al inquieto Gobernador y que, por su carácter desinteresado y pacífico, no era de temer diese pretexto a nuevas dificultades.

Sin embargo, el 20 de Noviembre, con motivo de haber recibido del nuevo Intendente un oficio en que no se le daba el tratamiento de Señoría, Arteaga presentó una vez más su inevitable renuncia; y como tuviese conocimiento de que iba a serle aceptada, con el apoyo del Batallón minero, redujo a prisión a

don José Miguel Carrera y envió a varios de sus parciales a las trincheras, para que lo hicieran reconocer como Jefe único de la ciudad.

El motín estuvo a punto de fracasar. Mucha parte de la guarnición era hostil a Arteaga, y los soldados se manifestaban dispuestos a volver sus cañones contra el militar rebelde. Sólo la magnanimidad de Munizaga, que se entregó voluntariamente para evitar la lucha, pudo poner término al conflicto. Carrera y algunos de sus amigos quedaron presos, y Arteaga en poder de la ciudad.

Las operaciones del sitio continuaron desarrollándose con languidez. El ejército gobiernista no intentó nuevos asaltos, y la provincia entera sufría las consecuencias de aquella situación anómala. Alzábanse montoneras en diferentes puntos; caían sobre las pequeñas poblaciones los mineros sublevados por la esperanza del saqueo, y era de presumir que tan desastrosa anarquía no iba a tener otro término que el de la misma guerra civil.

Llegó por fin al Cuartel General del Gobierno la noticia de la capitulación de Purapel. Garrido se apresuró a ponerla en conocimiento de los sitiados, manifestándoles el deseo de que con tal motivo cesaran de una vez las hostilidades.

Arteaga comprendió que en adelante toda resistencia era inútil; pero reunido el Consejo del Pueblo, muchos de sus miembros negáronse a dar crédito a una nueva, que era el desmoronamiento definitivo de tantas ilusiones. Para mayor desgracia, un propio despachado por don Pedro Félix Vicuña al día siguiente de Loncomilla logró penetrar en la ciudad sitiada, trayendo una comunicación en que el incorregible pipiolo anunciaba a La Serena el triunfo completo de la revolución en el Sur.

La plebe y los soldados se llamaron a engaño, mientras los jefes, mejor instruidos de la realidad de las cosas, preparaban la capitulación de la plaza. Arteaga, cuya popularidad no era

bastante sólida para afrontar aquel lance, delegó sus poderes en Munizaga, quien no sólo tuvo el valor de negociar lo inevitable, sino la rara franqueza de hacer públicos sus sentimientos en horas tan amargas para él.

«La terrible lección que acabamos de recibir, dijo en su nota al Jefe de las fuerzas del Gobierno, hará en adelante más preciosa la paz que, a la sombra de sabias ^{instituciones} instrucciones, borrará para siempre la huella que la actual revolución haya podido dejar entre nosotros».

Pero aquel hidalgo ciudadano iba a recibir aún la más elocuente y cruel de las lecciones. El pueblo que pocos meses antes lo aclamara su caudillo, no tardó en mostrarle todo lo efímero de lo que se construye sobre las pasiones de esas turbas que él, en sus sueños de ideólogo, había querido erigir en supremo poder del Estado.

Al tener noticia de la capitulación, la plebe perdió todo freno; y Munizaga pudo apenas escapar de su furor apelando a la fuga. Sin jefes responsables, los nuevos señores de La Serena levantaron de Intendente a un estrafulario aventurero que se hacía llamar don Quintín Quinteros de Los Pintados, dándose como primo del General Cruz. El sainete no tardó en degenerar en tragedia. El populacho en desorden se puso a saquear la ciudad, mientras la soldadesca recorría las calles disparando sus armas al azar, ebria de alcohol y ebria de sangre.

No fué posible a los jefes gobiernistas llegar a ~~un~~ acuerdo alguno con esa chusma desenfrenada; y el último día del sitio de La Serena, que fué también el último del año 1851, presencié, en siniestro epílogo, el resumen de todos los horrores de la guerra civil.

Aquel mismo delirio vino, sin embargo, a salvar a la ciudad de una total destrucción. Las facciosos, en su embriaguez, obligaban al flamante Intendente a efectuar una salida, en tumulto

tuoso desorden, dirigiéndose al norte en número de más de doscientos, dejando indefensa la plaza, que fué ocupada sin dificultad por las tropas legales. En cuanto a los rebeldes, detenidos en su marcha insensata por una columna destacada en su persecución, fueron rodeados y hechos prisioneros, después de una corta pero sangrienta escaramuza.

Aún no sofocada en Coquimbo la anarquía, levantó ésta su cabeza en la próspera Atacama. El abandono en que dejara a la provincia la partida de la expedición de Prieto, sirvió de estímulo a oscuros agitadores para levantar la turba inquieta y flotante que forma la población de los centros mineros.

Ya en los últimos días de Octubre, las peonadas de Chañarillo se sublevaron al grito de «Viva Cruz» para entregarse al robo y al saqueo. El desorden fué muy luego sofocado por el Intendente Fontanés, pero no se pudo impedir la casi total devastación de ese rico mineral.

El 26 de Diciembre, una poblada dirigida por un comerciante de Huasco, don Bernardino Barahona, logró hacerse dueña de Copiapó. El motín estalló como un relámpago, y vino a sorprender a las autoridades casi completamente desarmadas. El Intendente quiso improvisar la resistencia, auxiliado por un pequeño grupo de entusiastas, pero después de un corto tiroteo en que perdieron la vida dos de esos denodados defensores del orden público, se vió obligado a abandonar la ciudad a los rebeldes.

El vecindario temía la repetición de lo ocurrido en Chañarillo; pero Barahona, proclamado Intendente, supo dar a la revuelta el carácter hasta cierto punto ordenado de un movimiento político.

Apenas ocupada La Serena, una parte de la división Pacificadora del Norte, compuesta de doscientos hombres de infantería y de los escuadrones de Atacama, partió por mar y por

tierra, a las órdenes de don Victorino Garrido, en auxilio de las autoridades de Copiapó.

Desembarcado Garrido en Caldera, Barahona supo el naufragio total de las esperanzas de la revolución, en Loncomilla y La Serena. Quiso capitular entonces; pero la plebe, negándole obediencia, lo obligó a combatir. El encuentro tuvo lugar el 8 de Enero de 1852 en Linderos, término de las haciendas de Ramadilla y Toledo, al poniente de Copiapó. Aunque superiores en número, los revolucionarios fueron completamente derrotados, sin más pérdida para los gobiernistas que un muerto y tres heridos. Al día siguiente Garrido ocupó la ciudad que hubo de rendirse sin mayor resistencia.

El combate de Linderos puso término a la guerra civil; la paz quedaba restablecida en toda la República. Pero cuando se ignoraba todavía en Santiago aquel feliz desenlace, el 11 de Enero de 1852; fondeó en Valparaíso procedente de Europa el vapor Lima, trayendo la nueva de una serie de crímenes inauditos, perpetrados so pretexto político en Punta Arenas.

Este pueblo que fundara, en las márgenes del Estrecho de Magallanes, el previsor patriotismo de don Manuel Bulnes, era ya un establecimiento próspero con 700 habitantes; algún comercio, escuela y hospital. Muchos de los reos allí confinados se habían convertido en pobladores voluntarios, y todo auguraba un brillante porvenir a la apartada colonia.

En Abril de 1851 se hizo cargo del gobierno de Magallanes el capitán de fragata don Benjamín Muñoz Gamero, distinguido marino formado en la escuadra inglesa, y en cuyos talentos se tenían fundadas las esperanzas más lisonjeras.

El fermento sedicioso que trabajaba en toda la República el ánimo de los militares, también se hacía sentir en Punta Arenas. El nuevo Gobernador conocía el mal, y procuró remediarlo con generosidad y altura, pero sus nobles esfuerzos resultaron

estériles. Hacía de cabecilla de los descontentos uno de los oficiales de la guarnición, el teniente José Miguel Cambiaso, hombre corrompido y de instintos sanguinarios, a quien secundaban otros militares de baja graduación, entre ellos algunos sargentos del Regimiento Valdivia confinados en la colonia en castigo de su participación en el motín del 20 de Abril.

La noche del 17 de Noviembre, la guardia y el cuartel fueron sorprendidos por Cambiaso y sus cómplices que se apoderaron de todo el armamento y municiones, haciéndose así dueños de la colonia. Muñoz Gamero, al oír los primeros disparos de la sedición, quizo tomar medidas para sofocarla; pero comprendiendo luego que todo empeño sería inútil, hubo de apelar a la fuga, ocultándose en la casa del capellán fray Gregorio Acuña, mientras la soldadesca amotinada pedía a gritos su cabeza.

Dos días después fondeó en Punta Arenas la barca norteamericana Florida, conduciendo algunos reos políticos destinados por el Gobierno al presidio de Magallanes. Muñoz Gamero, en la esperanza de utilizar aquel buque para restablecer el orden, se embarcó en un bote, acompañado del padre Acuña y diez hombres más, con ánimo de trasladarse a bordo de la Florida. Pero el viento y las olas arrojaron a los fugitivos a las playas de la Tierra del Fuego. Víctimas allí de los ataques de los indios, del hambre y de las inclemencias del tiempo, lograron después de indecibles penalidades atravesar de nuevo el Estrecho, e internarse en los bosques vecinos a Punta Arenas, donde permanecieron ocultos por algunos días.

Fácil es comprender el cuadro de horror que presentaba entretanto la colonia, en poder de un hombre como Cambiaso que tenía presidiarios por satélites. Reinaba allí el terror aún antes de que se iniciara la era de los crímenes. La Florida cayó en manos de los rebeldes junto con un bergantín inglés, el Elisa Cornich, recién llegado de Europa con un valioso cargamento.

El propietario del primer buque y el capitán y el sobrecargo del segundo, reducidos a prisión, fueron luego después asesinados bárbaramente y a sangre fría.

El infortunado Muñoz Gamero y algunos de sus acompañantes, entre ellos el padre Acuña, urgidos por el hambre, se vieron obligados a entregarse. Cambiaso los hizo fusilar, casi sin forma de proceso, y el cadáver del Gobernador, ultrajado después de la muerte, fué reducido a cenizas en el mismo sitio en que se balanceaban colgados de los árboles los cuerpos de otras de las víctimas del feroz caudillo.

Era el intento de Cambiaso valerse de los dos buques a su disposición, para trasladarse en ellos con todos los habitantes de la colonia a algunos de los puertos del sur, que suponía en poder de los revolucionarios; pero antes de ejecutar su pensamiento, hizo poner fuego a la capilla, al hospital y a muchos otros edificios, y dar muerte a todo el ganado que pudo haber a la mano. Satisfecho con estos actos vandálicos el insano furor de aquel monstruo, la extraña expedición se dió a la vela en demanda de la boca occidental del Estrecho, en los primeros días de 1852. Punta Arenas quedaba desierta y casi en ruinas.

Apenas tuvo conocimiento el Gobierno de estos luctuosos sucesos, se apresuró a tomar enérgicas medidas para reprimirlos. Como la mejor parte de la escuadra se encontraba aún en el Norte con la expedición pacificadora de Atacama, el Comandante General de Marina se dirigió al Almirante Británico quien, con la mejor voluntad, puso a su disposición el vapor Virago y envió una fragata a cruzar las costas de Valdivia, en espera de los sediciosos.

Una escuadrilla compuesta del mencionado vapor Virago; de la barca Infatigable, y del bergantín Meteoro, zarpó para el Sur en demanda de los rebeldes, al mando del capitán de fragata

don Santiago Jorge Bynon y llevando a bordo dos compañías de infantería.

La Elisa Cornish con una parte de los piratas fué sorprendida y apresada por el Virago, el 28 de Enero, cerca de la boca occidental del Estrecho. Trece días antes, la barca Florida, llevando a Cambiaso y el resto de los sediciosos, se había separado y torcido su rumbo hacia el oriente en demanda, según se dice, del camino de Europa, donde aquellos audaces malhechores contaban gozar en paz del fruto de sus rapiñas.

El miserable asesino de Muñoz Gamero, después de abandonar cruelmente en las solitarias playas del Estrecho a cuarenta y ocho de sus compañeros, muchos de los cuales fueron recogidos luego por el Virago, se disponía a ir al Atlántico, cuando sonó por fin la hora de su castigo. Una parte de la tripulación de la Florida, encabezada por el ex sargento del Valdivia, Manuel Prieto, se sublevó contra Cambiaso, que fué reducido a prisión con algunos otros de los jefes de la revuelta. El 14 de Febrero, la Florida, después de doblar el Cabo de Hornos, fondeó en Ancud donde se puso a la disposición del Gobierno.

El fallo de la justicia no se hizo esperar. El audaz cabecilla de aquel siniestro motín y siete de sus cómplices subieron al patíbulo en Valparaíso, el 4 de Abril de 1852.

Así terminó la revolución de 1851. Aquel movimiento nacido al calor de aristocráticas rivalidades y generosas quimeras en los estrados de la capital, había expirado en medio de convulsiones horribles y grotescas. Quintín Quinteros, Barahona y Cambiaso fueron sus últimos caudillos.

El desenlace de la guerra civil probó elocuentemente la fuerza de las instituciones de la República, consolidadas por veinte años de paz y de una prosperidad sin ejemplo hasta entonces en la América Latina. Contra don Manuel Montt se habían conjurado los restos dispersos del antiguo pipiolaje, el

liberalismo nuevo y sus ilusiones seductoras; un círculo nada insignificante de la aristocracia pelucona; las resistencias a la centralización conservadora que subsistían aún en las provincias; la espada de un general prestigioso; y el militarismo que, duramente comprimido por la mano de Portales, resurgía amenazador en los espasmos de la crisis que puso término definitivo a su existencia política.

Contra tantos y tan formidables enemigos, el Gobierno encontró su defensa en el poder de la ley, y en el apoyo incondicional de la parte más sana y vigorosa de la opinión pública.